

gún libro, el Pont de Tolbiac o el Pont National.

Esos puentes anónimos a los cuales esos seres humanos conocidos como *clochards* arrastran un atado de ropa, la vida resumida dentro de él, siempre en condición de nómadas. La primera forma de ser un *clochard*, que para nosotros sería un vagabundo, es la errancia que consiste en un tanteo de situaciones para improvisar un lecho, casi siempre bajo un puente. Allí corren botellas de vino tinto de mano en mano y se intercambian frases que salen de bocas de dientes filudos y amarillos. A veces una mujer madriga entre ellos, una mujer que vive en condiciones de peligro absoluto cuando quita el clan, una mujer que tendrá el rostro teñido de azul a fuerza de beber y de dormir mal. Esos son los *clochards*, los que yo vi cuando recién llegué a París. El puente se convierte por eso en la casa, en ese microcosmos, ese pequeño espacio vital donde una vida se reinventa y sobrevive día a día. Es impresionante ir a pasear bajo los puentes de París, aquéllos en pleno centro, el Pont Saint Michel, o el Pont au Change, hay que acercarse de Les Halles o Chatelet para conocer sus madrigueras tibias oliendo a grasa humana y saber lo que es encontrar una cacerola que hierve sobre un primus plantado en el suelo, observar a ese hombre desconocido, o esa mujer que nos ignora siguiendo con el rito que celebra su frágil libertad. Después envidiarlos por no tener la misma valentía de irse a vivir bajo un puente llevando una vida de *clochard*. Muchos entre ellos rechazan los albergues que les ofrece la municipalidad de París, prefieren esos lugares donde sus sueños suelen ser menos prisioneros de la vida organizada y la mirada de los otros. Sí, a lo mejor sean una forma moderna de *flâneurs*, versiones actuales del dandismo de Baudelaire y de Rimbaud, o incluso los verdaderos parias a la manera de Lautréamont y Flora Tristán, sin vocación por las ataduras, la casa, o la familia.

Tierra de exilio

Hay una frase que no sé si es de Montaigne y que dice que *refinada es la persona que se siente en cualquier tierra de exilio como en su casa, pero exquisita aquella para quien la tierra entera es una tierra de exilio...* Y yo me sentía así sobre ese puente de Bir-Hakeim. No que fuese el hecho de ser extraordinaria y tener frío en el cuerpo, sino el de vivir una experiencia fuera de lo común, sentir frío interior. Cuando constato que esa condición de paria, de mujer sola en el Viejo Mundo, será mi nueva situación, mientras escucho una canción de Miryam Makeba, *Unforgiven Games*, canción oída en una obra de teatro de Peter Brook, mientras la escucho y camino y siento frío aunque tengo la capa que me ha dado mi madre, la capa de su madre y de la madre de su madre, en una cadena larga de vidas que se han cubierto con la famosa capa, pienso que la única salida es refugiarse en el lado estético de las situaciones. Contemplar como lo hacía Ribeyro el mundo desde un Puente Saint Michel, encender un cigarrillo y pasearse entre los cuerpos tumbados de los *clochards* sin atreverse a hacer preguntas sobre las razones que los han llevado a vivir así, ni sentir miedo de esa forma de vida y de desapego absoluto, pensar que alguna vez seré igualmente libre y seguir caminando, al final, la vida siempre es movimiento.

Hay otra película que sucede en parte sobre un puente de París, creo que es el Pont Neuf, y en la primera escena aparece Vanessa Paradis envuelta en un so-

bretado y con una gorra en la cabeza. En principio ella se quiere lanzar desde el puente y es cuando Daniel Auteuil hace su aparición providencial, y proverbial, porque le dice algo que hace que ella se retenga de lanzarse. Y empieza una relación. Bajo el puente corre el agua del río y es como si se llevase la memoria de las personas de París, sus malestares, sus alegrías y sus sufrimientos, el de la joven incluida, es como esa frase de Heráclito que dice que nadie se baña dos veces en el mismo río cobrase vida. Entonces, ella, Vanessa Paradis, parece entender que lo que ha vivido ya es pasado y cuando mira la noche de París sobre ese puente viejo y cargado de historia intuye que ella está en el presente, viva y entregada a ese movimiento continuo del tiempo de una forma espontánea, digamos, natural. Por lo que se mantiene de pie, con la noche a sus espaldas, sonriendo al extraño, dispuesta a volver a empezar.

Primer día de frío

Diré también que alguna vez he tratado de escribir sobre los puentes para borrar esa imagen del primer día de frío en París. Quería empezar por lo monumental más que por lo viejo, y elegí el Puente Alejandro III. Siempre me impresionaron el aspecto de sus pilares, de sus lámparas, balastradas y guirnaldas, en el fondo, no de muy buen gusto. Pero representa la opulencia de París como si quisiera hacer olvidar sus miserias, sus *clochards* y sus candidatos al suicidio. Creo que nadie ha filmado este puente que está muy cerca de la esplanada de los Inválidos, nadie porque estéticamente no posee esa belleza humilde sobre la cual podemos proyectar una anécdota o una historia. Y empecé a describir la visión que tenía de él cuando llegaba desde el barrio XVI, a pie, de pronto, el puente, y sus decorados de pan de oro. Sabía que en 1900 la alianza franco-rusa había invitado al Zar Nicolas III para su inauguración.

El Presidente Felix Faure fue el anfitrión y la celebración fue por todo lo grande para el puente más ostentoso, nada que ver con el resto de los puentes que se mantienen suspendidos sobre el agua quieta del río Sena, razón por la me parecía un reto describirlo. Porque creo que ese puente representa el lado monumental de París, el menos humano, el más frío e inaccesible. Hice como un poeta oulipiano, Jacques Roubaud, quien para aprender a querer París (él es de Carcassonne) decidió escribir varios libros recorriendo sus calles y relacionándose con los nombres que las dife-

Bajo el puente corre el agua del río, y es como si se llevase la memoria de las personas de París

renciaban y con los monumentos, eligiendo así, los lugares que nombraría para finalmente apropiarse de ellos y competir con los *clochards*.

Una vez que mi viñeta sobre el puente estuvo terminada, decidí salir a caminar por el Pont Mirabeau para mirar el agua turbia del río sin sentir esa sensación de distancia que había sufrido sobre el puente Bir-Hakeim. Al final, pensaba, un texto, un poema, serán mis Puentes extendidos hacia el exterior para integrarlo mejor en la vida, serán los pasadizos por donde se transita en diferentes direcciones, siempre buscando otro lugar. Y así, la vida pasa y se celebra. |

CRÓNICAS RIFEÑAS



PACO SANCHIDRIAN

Disparos en la noche

Desaparecido desde 1909, Haddú, el primogénito de los Izemuren apareció en Tetuán, en 1917, donde trabajaba en la protección de la Legación británica

ALI LMRABET

En medio de la sangría europea, la parte española del protectorado de Marruecos se había convertido en una suerte de edén gracias a la neutralidad de España en la Segunda guerra mundial. Pero esa paz en la guerra no impedía que la ciudad fuera un hervidero de emisarios y espías de todo tipo, ni que los representantes diplomáticos de Inglaterra y Alemania metieran mano a la pistola cada vez que se cruzaban en algún zoco de la vieja medina o en un café de la nueva ciudad europea. En este complejo universo Haddú había encontrado su razón de ser. En Tetuán, donde había dinero para los que tenían pocos escrúpulos y mucho coraje en el momento de utilizar sus armas, los ingleses encontraron en ese rifeño el mejor guía para sus manejos. Y como necesitaban más reclutas, contrataron también al hermano menor, Aisa, que tuvo que trasladarse de Tafnesa a Tetuán.

En poco tiempo, el joven Aisa eclipsó a su hermano. Alto y rubio, se parecía más a un europeo que a un mahometano. Sus ojos claros, sus tupidos mostachos y una elegancia natural le convirtieron rápidamente en una auténtica atracción. Taimunt contaba a mi padre, que no llegó a conocer a su tío, que cuando Aisa paseaba por las calles de Tetuán, las vírgenes musulmanas corrían para ponerse, excitadas, a sus ventanas y las chicas europeas le tiraban descaradamente sonrisas y miradas pícaras. Aisa era un ser querido, pero contrariamente al rudo Haddú, no era una persona belicosa. Si al igual que todos los agentes ingleses llevaba una pistola, no pensaba utilizarla, y efectivamente nunca la utilizó. Cuando una noche de 1917, un familiar de su tribu, un tal Mohand que trabajaba para la legación alemana, le invitó a cenar a su casa, Aisa fue a verlo desarmado confiando en el "ar" otorgado.

En la jungla de las tribus, el "ar" era un juramento que aseguraba la protección total al invitado. Este ancestral juramento tenía sus reglas y su propósito. Permitía en tiempos de conflicto sangriento proteger la integridad física de los beligerantes durante las negociaciones. Era como un salvoconducto que nadie, príncipe o villano, podía violar. Y hacerlo suponía para muchos el fin de unos principios básicos que regulaban la complicada vida de los rifeños.

No se sabe lo que pasó realmente esa noche de 1917, pero al día siguiente Aisa apareció muerto en la Calle del Caíd Ahmed, a escasos metros de la casa de Mohand. La ciudad se llenó entonces de rumores. Algunos sostuvieron que fue asesinado al resistirse a un intento alemán de secuestrarlo para sustraerle información. Otros juraron que fue Mohand quien lo mató después de una banal reyerta. Cualquiera que sea la versión exacta, el hecho es que Aisa no tenía que haber muerto en casa de alguien que había concedido el "ar". El chico tuvo un entierro digno de un notable. La procesión era tan larga y tan numerosa que la Mehalla, el ejército del Jalifa, representante del sultán en la parte septentrional de Marruecos, tuvo que intervenir varias veces para contener la multitud. La legación inglesa se había ocupado no solamente de pagar el sepelio y de formalizar la protesta ante el Alto Comisario, el procónsul español en Tetuán, sino también de alimentar el odio hacia el "alemán traidor". Mohand fue arrestado. Su agitado juicio fue seguido por la prensa local y peninsular. El agente del imperio germano fue condenado a veinte años de cárcel y para los europeos engullidos en la guerra mundial, el asunto quedaba resuelto.

Pero, lo que no entendían los extranjeros es que nadie puede violar el "ar" y Haddú se iba a encargar de recordárselo a todo el mundo